

CAPÍTULO 10: LA GESTIÓN PSICOSOCIAL DE LA DIVERSIDAD SEXUAL Y DE GÉNERO¹

Ángel J. Gordo López

¿En qué medida las diferencias de género son realmente distintas a las diferencias sexuales? ¿Es el género a lo social lo que la sexualidad es a lo biológico? Si el género, como la sexualidad, "viniese dado", ¿cómo es posible encontrar formas tan distintas de vivir y entender el género? ¿De qué modo los conocimientos especializados participan en la construcción de las diferencias sexuales y de género? ¿Cabría pensar que cuando nos acercamos a las problemáticas de género desde una perspectiva psicosocial y/o educativa, estamos igualmente abordando cuestiones socioeconómicas, sus irreversibilidades y/o fluctuaciones?

Para abordar algunas de estas cuestiones, tomaremos como punto de partida el análisis de los contextos sociohistóricos donde surgen los primeros estudios psicosociales sobre las diferencias sexuales y de género a partir de un enfoque socioconstruccionista. Intento mostrar cómo gran parte de la investigación psicosocial sobre el género abstrae sus hallazgos de dinámicas sociales más amplias, ignorando de este modo las condiciones de posibilidad de sus propios conocimientos. En un segundo momento, identificamos una serie de discursos científicos y jurídicos que rigen y gobiernan las diferencias sexuales en distintos escenarios y momentos históricos. La última sección del capítulo plantea que las lógicas relacionales del género forman parte de los recursos disponibles para pensar y actuar sobre nosotros mismos y los demás, como ilustraremos a partir del análisis de un programa televisivo infantil de gran impacto mediático (*Los Teletubbies*).

La construcción social de la diversidad de género

Una realidad comúnmente aceptada hasta hace bien poco por la psicología era la existencia incuestionable de hechos como la mente, la conciencia, la personalidad o incluso la identidad de género. Aunque algunos estudios se interesaban por el modo

¹ Este capítulo se ha elaborado a partir de las primeras secciones de un trabajo inédito titulado "Relaciones disciplinarias e internacionales de género". Quisiera agradecer los comentarios a versiones iniciales de este trabajo a los participantes en las Jornadas de "Psicología y Género", celebradas en la Facultad de Psicología de la Universidad de Granada (mayo 2000).

en que los fenómenos sociales mediaban sus conocimientos, raramente se detenían a reflexionar sobre el modo en que las distintas disciplinas de conocimiento "constituyen su propio objeto de estudio en el mismo proceso de llegar a conocerlo" (Rose, 1996: 49).

Las investigaciones sobre diferencias sexuales a lo largo del siglo XX dan buena fe de las estrechas relaciones existentes entre los hallazgos científicos y las dinámicas socioeconómicas. Así lo documentan los trabajos de D. Haraway (1991) al identificar toda una serie de correspondencias entre dos momentos distintos en la historia de Occidente, antes y después de la Segunda Guerra Mundial, y dos tradiciones de investigación de gran influencia en el estudio de las diferencias sexuales: los trabajos en primatología de R. Yerkes y la teoría sociobiológica de E.O. Wilson.

El trabajo de R. Yerkes se desarrolló en un contexto donde la noción de "personalidad" se entendía como un todo funcional al servicio de la organización social, mientras que otros fenómenos, como el "instinto", eran sinónimos de distorsión para la personalidad armónica, y por tanto, para la cohesión social. Basándose en estudios del comportamiento conductual de los primates, Yerkes mantenía que las diferencias en personalidad entre los sexos eran debidas, en gran parte, a la expresión de los instintos, en lugar de obedecer a diferencias biológicas innatas. Estos planteamientos, aparentemente alejados de las tesis biologicistas dominantes, darían paso a nuevas posibilidades para la gestión de la diversidad social, en la medida en que, como señala Haraway (1991: 55), "si los instintos y la personalidad pueden medirse desde una edad temprana, igualmente se podrán identificar diagnósticos adecuados para tratar la diferencia".

Estos estudios iniciales sobre el género en lugar de erradicar la diferencia, la conciben como instancia productiva de control y gobierno. En ningún momento ajena a estas nuevas modalidades de gestión, la psicología pasaría a un primer plano, en parte, debido al interés de esta disciplina por la producción de instrumentos y sistemas de clasificación (de personalidad, inteligencia, sexuales). No es de extrañar que sea en este período de entreguerras, testigo de grandes cambios sociales, donde se desarrollen las primeras investigaciones psicosociales sobre las diferencias sexuales y de género.

Las primeras escalas de género, desarrolladas en la década de los treinta, representaban la masculinidad y la feminidad como constructos de personalidad estrechamente relacionados con el sexo biológico (Terman y Miles, 1936). El rasgo "masculino-femenino" añadía nuevas posibilidades para discriminar y distinguir entre los individuos, además de atribuirles la posesión incuestionable y estable, aunque variable en grado, de nuevos rasgos de personalidad. Semejante hecho psicológico permitiría, a su vez, predecir una gran variedad de comportamientos, ya que

cualquier desviación de una persona de la puntuación esperada para su sexo biológico era un indicio de patología mental o disfunción.

La revolución en las ciencias de la comunicación y la información que tuvo lugar durante los años cuarenta (conocida como la ciencia cibernética) supuso una reformulación de las estrategias de control de las diferencias sociales. Sería conveniente recordar que la cibernética, la ciencia del control, la predicción y la comunicación de todo tipo de sistemas humanos y no humanos, se desarrolló al amparo del tratamiento balístico del control antiaéreo u otras aplicaciones a merced de los complejos militares e industriales aliados.

Con el desarrollo de los nuevos sistemas de comunicación, la representación de la personalidad como un todo funcional sería reemplazada por el gobierno de las estructuras de las organizaciones. De este modo, la sociedad (al igual que la identidad de género como veremos a continuación) deja de percibirse como un todo integrado, dando paso a la representación de la sociedad a partir de nuevas metáforas de procesamiento de la información y de diagramas de flujo. Desde estos nuevos horizontes científicos, el individuo, como lo social y sus instituciones, empieza a representarse como parte de un flujo de información a través del cual, por ejemplo, se transmiten los genes (Haraway, 1991: 61). Un ejemplo paradigmático de esta nueva tradición se encuentra en la investigación sociobiológica liderada por E.O. Wilson desde finales de los sesenta, donde las diferencias sexuales eran tipificadas a partir de "la transmisión de información entre insectos, destacando cuestiones de eficiencia, ruido y capacidad" (Galison, 1994: 259).

En este nuevo escenario, empiezan a cuestionarse las primeras escalas de género. Entre las distintas confluencias políticas y científicas que posibilitarán la reformulación de estas escalas destacan el surgimiento de instrumentos de análisis más sofisticados, como el análisis factorial, y las proclamas de emancipación sexual de los movimientos feministas y de las comunidades gay y de lesbianas. Estas confluencias precipitarán el reconocimiento de una mayor complejidad del rasgo "masculinidad-feminidad" además de la variabilidad intersexual e intrasexual de estas dimensiones. Es en este contexto que la "androginia psicológica" anuncia su llegada (Bem, 1974).

Desde finales de los setenta, a los constructos de masculinidad y feminidad se suman las categorías de "indiferenciado" (una categoría que designa a las personas que consiguen puntuaciones bajas en rasgos de masculinidad y feminidad) y "andrógino" (una categoría que agrupa a las personas que obtienen puntuaciones altas en ambas escalas). Lo que es deseable, según los partidarios del enfoque de la androginia psicológica, es la posesión de repertorios de personalidad y conducta masculina y femenina en una misma persona. Una de las figuras más destacadas de la androginia

psicológica afirmarían años después que "el concepto de androginia sustituía la prescripción de ser masculino o femenino por la doble prescripción de ser masculino y femenino" (Bem, 1981: 363). No obstante, los estudios sobre la androginia psicológica dejarían su impronta (véase también Bem, 1982; 1983).

Como se aprecia en la **tabla 1**, en la década de los setenta los estudios sobre masculinidad, feminidad y androginia comparten protagonismo con los estudios sobre diferencias sexuales y de género. Este protagonismo empieza a declinar en la década de los ochenta, apreciándose un aumento en los estudios de categorización y estereotipos y, en especial, en los estudios sobre el funcionamiento de parejas heterosexuales. En la década de los noventa se consolida el creciente interés por el funcionamiento de la pareja y por el estudio teórico y los procesos de género.

TEMÁTICAS	1979 n=21	1984 n=27	1989-92 n=59
Masculinidad, feminidad y androginia	36.4	25	8.2
Diferencias sexuales y de género	36.4	21.4	9.2
Estudios teóricos, estudios sobre procesos	9.1	10.7	21.3
Categorización, Estereotipos	0	10.7	11.5
Cuestiones específicas de mujeres	9.1	14.3	11.5
Parejas, funcionamiento de parejas heterosexuales	9.1	17.9	27.9

Tabla 1: Artículos sobre género publicados en *Journal of Personality and Social Psychology* (JPSP): números publicados entre 1979 y 1992 (%). (Tomado de Hurtig y Pichevin, 1993).

En la tabla anterior, se muestra cómo los estereotipos y diferencias individuales de género dan paso progresivamente a unidades de análisis más compatibles con metáforas comunicacionales (procesos) y con el estudio del funcionamiento de sistemas sociales y sus relaciones (la pareja heterosexual). Esta tendencia queda igualmente reflejada en los distintos momentos de análisis en torno a la androginia psicológica, en su mayoría de corte experimental y cognitivista.

A lo largo de los años ochenta, el enfoque de los estereotipos de roles sexuales, conocido como la teoría de los "esquemas de género", reemplazará los estudios basados en técnicas de autoevaluación por experimentos que deducían las diferencias cognitivas de género a partir de los tiempos de reacción y la velocidad de procesamiento de ítems (masculinos, femeninos o neutros). En esta nueva ola de estudios cognitivos, la androginia psicológica servirá para diferenciar entre aquellas personas que tienden a clasificar su mundo en función de categorías de género ("estereotipados/as") y aquellas que no ("no estereotipados/as") (Bem, 1983). Así lo expresa

S. Bem (1981:362) al afirmar que "la sociedad enseña al infante dos cosas acerca del género. Primero, [...] le enseña una red significativa de asociaciones sexuales que pueden funcionar como un esquema cognitivo. Segundo, la sociedad le enseña que la dicotomía entre hombre y mujer tiene una gran relevancia en cada uno de los aspectos de la vida".

Es interesante reparar en el modo en que S. Bem caracteriza "la sociedad" como un agente que enseña al infante las asociaciones sexuales que irremediamente determinarán las ya existentes diferencias sexuales que afectan a nuestras vidas. El infante se representa como un agente pasivo, un recipiente asexuado, condenado a internalizar y obedecer las normas sociales. Así pues, el infante aparece como un contenedor asexuado, un sujeto dotado de mecanismo cognitivos, consistentes e internos, en definitiva, aislados de su entorno social (Burman, 1998).

La dimensión interna, la consistencia y universalidad que caracteriza los mecanismos cognitivos responsables de la androginia psicológica, facilitará que estudios posteriores sobre "orientación sexual", procedentes de la neuroanatomía y la genética, incorporen explicaciones derivadas de las investigaciones psicológicas sobre el género.

Si bien es cierto que, desde la década de los ochenta, la androginia psicológica trasciende su contexto original del estudio de las diferencias de género para convertirse progresivamente en un ideal de identidad sexual, de salud mental e índice de adaptación social, la década de los noventa será testigo del regreso de un nuevo tipo de reduccionismo biológico para la explicación de la "orientación sexual". Estas nuevas explicaciones abogan por la existencia de estructuras neuroanatómicas y cromosómicas como responsables principales de las diferencias sexuales y, si cabe más importantes, de las diferencias de género.

El retorno de las explicaciones biologicistas sobre la orientación sexual procedente de las ciencias duras, tales como la endocrinología y la neuropsicología, comienzan a restar protagonismo y legitimidad a los estudios psicosociales, imponiéndose de este modo un nuevo tipo de esencialismo o naturalización de las diferencias sociales. Al frente de estos estudios sobre la "orientación sexual" se encuentran los trabajos del neuroanatomista S. LeVay (1991; 1993; 1996), en La Joya, California, y D. Hamer, director de la Sección de la Estructura y Regulación del Gen, del Instituto Nacional del Cáncer, en Maryland (Hamer *et al*, 1993; Hamer y Copeland, 1994).

S. LeVay encuentra sus referentes científicos en los trabajos de los primeros sexólogos alemanes de finales del siglo XIX (M. Hirschfeld y K.H. Ulrichs) y en los primeros estudios psicosociales del género realizados en el Instituto Johns Hopkins

por J. Money (1955; 1966), R.J. Stoller (1976) y R. Green (1987). La "inocencia" científica (o reduccionismos biológicos simplistas) que caracterizaba sus investigaciones previas (LeVay, 1993), que según el propio LeVay (1996: ix), "no prestaba atención a las implicaciones sociales de sus conocimientos", toma un cariz bien distinto en sus trabajos más recientes.

Para renovar sus argumentos, LeVay (1996) acude a las investigaciones psicobiológicas sobre la identidad sexual realizadas por Robert Yerkes, John Money y posteriormente por Richard Green. La siguiente cita ilustra el interés de LeVay por analizar la trayectoria interdisciplinar de los trabajos de Green.

"[Green] cuestiona en un primer momento las tesis sobre el desarrollo diferencial del comportamiento sexual en los humanos y en los animales [...] Plantea más tarde lo revelador de los estudios sobre la sexualidad animal al destacar la influencia de las hormonas en el hipotálamo prenatal. Es entonces cuando compara [...] la presencia de hormonas sexuales en la orina de varones gay y heterosexuales [...] que a su vez le llevarían a considerar los trabajos de Kallmann con sujetos gemelos y sus hallazgos sobre la influencia de las variables genéticas en la orientación sexual [...] Sin llegar a resolver las tesis biológicas sobre la orientación sexual Green empieza a considerar las teorías psicodinámicas y del aprendizaje social sobre la sexualidad" (LeVay, 1996: 225-226).

Al igual que R. Green (1987), LeVay (1996) incorpora en sus análisis una amplia gama de conocimientos, incluyendo aquellos de corte más social como las teorías psicodinámicas y del aprendizaje social. Aunque no nos detendremos en analizar el modo en que estos estudios sobre las bases biológicas de la orientación sexual incorporan en sus explicaciones visiones más sociales, acrecentando así su fuerza retórica (véase Cleminson y Gordo López, 1999; 2001; Gordo López, 2002), sí quisiéramos indicar que este tipo de enfoques encuentra sus explicaciones últimas en metáforas y explicaciones procedentes de las ciencias duras (así queda ilustrado en la mayoría de las entrevistas que realiza Punset en el programa *Redes* – TVE 2).

LeVay, por ejemplo, encuentra en el enfoque molecular de Dean Hamer "la posibilidad de conectar la genética, la neurobiología y la psicología en una perspectiva más esclarecedora del desarrollo sexual masculino" (LeVay, 1996: 184). En otras palabras, la neurobiología se vislumbra como posibilidad integradora de los distintos niveles explicativos. De este modo, S. LeVay define la identidad sexual, y en concreto la homosexualidad masculina, como un conjunto de características atípicas de género o fenotipo psicológico constituido por estructuras cerebrales, patrones dermatológicos específicos, además de todo un conjunto de rasgos de personalidad.

En fin, este tipo de enfoques intentan seducirnos con sus múltiples fuentes y conocimientos, con la continuidad histórica y científica que hallan en las investigaciones pioneras sobre la orientación sexual, y con los modos secuenciados con los que los nuevos determinismos biológicos regresan incorporando la mirada sociocultural. Aun sucumbiendo a sus encantos, la seducción nunca ha sido una forma pasiva de incitamiento ni tampoco responsabilidad de solamente una disciplina (Foucault, 1987), como indicamos a continuación.

Los estudios sobre las bases biológicas de la identidad sexual se han visto acompañados, desde sus inicios, por investigaciones paralelas en la disciplina psicológica. En el contexto de la psicología científica española cabe resaltar los estudios del Gabinete de Investigaciones Psicológicas dirigidos por el Dr. Vallejo-Nágera, pionero de la psicología experimental en el Estado español. El Gabinete de Investigaciones Psicológicas desde finales de los años treinta investigó las relaciones entre la "desviación sexual", bajos cocientes de inteligencia y los comportamientos "antisociales" (análisis críticos más desarrollados de estas investigaciones neuroanatómicas se encuentran en E. A. Wilson, 2000, y en Cleminson y Gordo López, 1998; Gordo López y Cleminson, 1999; 2000, y Gordo López, 2002).

Aunque lejos de estos estudios del Gabinete psicológico del Dr. Vallejo-Nágera, la psicología actual sigue generando nuevos determinismos biológicos para la explicación de las diferencias individuales. Prueba de ello son los estudios de los profesores G. Quintana (1996) y R. Colom (1996) sobre las diferencias individuales de la personalidad y de la especie humana. Cabe recordar que esta tradición investigadora surgió hace más de dos siglos cuando se pensaba que las diferencias de personalidad y de inteligencia se reflejaban en las circunvalaciones del cerebro ("frenología"), para pasar posteriormente a desarrollar argumentos más sofisticados sobre las diferencias en los cocientes intelectuales, y terminar hoy en día defendiendo, como lo hacen Quintana y Colom, explicaciones deterministas sobre las diferencias raciales y sexuales. Los estudios de G. Quintana y R. Colom han sido tachados, con razón, de racistas y sexistas en recientes debates públicos en los medios de comunicación y en distintas universidades públicas (Gordo López y Cleminson, 2000).

No es sorprendente que estos determinismos encuentren, en ocasiones, buena acogida entre distintos sectores de la opinión pública si consideramos que sus teorías dicen ofrecer la verdad, la autenticidad, la certeza biológica de la identidad sexual. Tampoco nos sorprende que estudios como los de LeVay apunten que el éxito de sus investigaciones reside precisamente en la posibilidad de conectar la genética, la neurobiología y la psicología en una perspectiva más esclarecedora del desarrollo sexual.

LeVay, a su vez, nos proporciona una pista para desentrañar la comprensión del papel que juegan estas investigaciones psicológicas en el marco más amplio del

Proyecto del Genoma Humano, un macroproyecto cuyo propósito último es descifrar quiénes somos en el nivel más básico del ADN. En otras palabras, puede que estos determinismos empiecen a educar a la opinión pública sobre la realidad y las políticas sociales y genéticas venideras.

A este respecto, señalar que este tipo de explicaciones biologicistas traen consigo una renovada concepción de familia compatible con las exigencias neoliberales del nuevo milenio. Los padres y las madres, en lugar del Estado, son los que -según LeVay (1996)- deberían decidir sobre la manipulación o conservación de los genomas de sus hijos e hijas, así como la orientación sexual, y no sólo el sexo, de los mismos. En fin, estas nuevas relaciones entre la psicología, la eugenesia y los determinismos biológicos retornan, distanciando al sujeto del grupo y al grupo del Estado, donde lo patológico ya no reside en la personalidad o sexualidad sino en el genoma. No cabe duda de que es preciso perseverar en la crítica y el debate público sobre las explicaciones biológicas de lo social y, en lo que nos compete como psicólogos y educadores, sus implicaciones psicosociales y educativas. Pero ¿de qué recursos disponemos para intentar contrarrestar este tipo de conocimientos científicos? ¿Cómo es posible que explicaciones psicosociales que apuestan por entender el género y sus dinámicas como parte de un proceso socializador, es decir, como modos de comunicación e interacción en la familia y la escuela, coexistan actualmente con visiones que apuestan por las bases biológicas de la orientación sexual? El siguiente apartado presenta algunas características generales del construccionismo social que a nuestro entender pueden ayudar a esclarecer la coexistencia de este tipo de explicaciones aparentemente contradictorias en torno a la diversidad sexual y de género.

Las dinámicas de género desde una perspectiva socio-construccionista

Lejos de creer que ninguna posición o conocimiento ostenta una mirada privilegiada de verdad, el construccionismo social se preocupa por las distintas construcciones de realidad y sus efectos en diferentes contextos y disciplinas. A pesar de sus diferentes posiciones y tensiones, los enfoques construccionistas coinciden en la imposibilidad de concebir una realidad independiente del sujeto que conoce y, si cabe más importante, de la disciplina de conocimiento (Burr, 1995; Parker, 1998).

En lo relativo a la identidad sexual se aprecia cómo distintas parcelas de la medicina proporcionan comprensiones diferentes. Así, la anatomía prescribe cómo a cada cuerpo le corresponde una categoría sexual según su constitución anatómica. La genética y la histología, con la ayuda de microscopios electrónicos, observan que ciertos núcleos celulares contienen la estructura cromosómica que se asemeja a las

letras XY (hombre), mientras que otras se identifican con las letras XX (mujer). La endocrinología, por su parte, se centra en los niveles hormonales, sus balances y sus ritmos de oscilación. En un aparente intento de trascender la dimensión biológica asociada a la variable sexo, la psiquiatría, la psicología o la psicoterapia empiezan a plantear, en la década de los treinta, que tener uno u otro género es un problema de autoidentificación en lugar de un mera correspondencia biológica: el género es lo que la persona hace y piensa de sí misma (Hirschauer y Mol, 1993).

Otra característica del construccionismo social mantiene que la constitución y desarrollo de las diferencias (de género) son indisociables de las legislaciones locales y/o nacionales. En algunos países europeos, por ejemplo, no está permitido que los candidatos a un cambio de sexo cambie de nombre hasta haber culminado las numerosas intervenciones quirúrgicas y tratamientos hormonales y psicológicos. Pero quizá sea el interés por la historia y, en nuestro caso, por las fluctuaciones y cambios en los discursos legales y prácticas sexuales, uno de los aspectos más interesantes de la mirada socioconstruccionista.

A pesar de la combinatoria sexual y de género que existe actualmente, -se genere dentro o fuera de nuestras instituciones médicas y al amparo (o al margen) de los distintos marcos jurídicos- si existe un siglo sexualmente interesante, éste es sin duda el siglo diecinueve. Es concretamente en este siglo cuando nacen las nuevas categorías y normas sexuales, que permiten dividir la población en categorías sexuales coincidiendo con el auge de la medicina y de la psiquiatría, y con la consolidación del Estado-nación en distintos países europeos (Cleminson y Gordo López, 1999).

M. Foucault plantea que conocer o reflexionar sobre lo que somos realmente lejos de negar la posibilidad de verdad, incita a indagar en el modo en que estos conocimientos están ligados a las teorías biológicas sobre la sexualidad, las concepciones jurídicas sobre el individuo y las formas de control administrativo en los Estados Modernos (Foucault, 1985).

EL HERMAFRODITISMO

En su intento de desvelar la economía de cuerpos y placeres, M. Foucault (1985) documenta, en el contexto del siglo XVIII, el caso de la hermafrodita Herculine Barbin, a quien a pesar de su ambigüedad anatómica se le asignó el sexo "femenino" en su nacimiento. Herculine Barbin tuvo que cambiar varias veces de identidad sexual según las distintas decisiones de los expertos médicos, generándole tal confusión que finalmente la conducirían al suicidio. Este famoso ejemplo es parte de un análisis más amplio y documentado en el que M. Foucault apunta que, a pesar de las muchas variaciones científicas y jurídicas que se encuentran a lo largo de la historia de

la ciencia y en las distintas legislaciones occidentales, un rasgo común a todos estos discursos científicos y legislaciones, desde finales del siglo diecinueve, es la imposibilidad de que un mismo cuerpo posea al mismo tiempo atributos de ambos sexos.

Esta máxima legal que predomina en los discursos legales y científicos es aplicable al momento actual donde la identidad sexual se sigue representando (legislando) como una identidad formada o adquirida, en lugar de ser moldeada por medio de acciones y contextos mediados por los discursos legales, médicos y psicológicos "cuyas intervenciones y saberes permiten... la confluencia entre el poder disciplinario y el biopoder [en el que] el sexo se convierte en blanco político de primer orden" (Varela, 1995: 128).

Desde la óptica foucaultiana, compartida por la perspectiva construccionista aquí esbozada, las explicaciones, bien sean puntos de vista o discursos más elaborados, lejos de ser meros sistemas de significados, nos definen y sitúan en lugares y relaciones con nuestros entornos institucionales y sociales (Varela, 1996; Varela y Álvarez-Uría, 1997). Por consiguiente, conocer implica participar en relaciones de poder y éstas a su vez son inseparables de los entrecruzamientos y del papel activo de los discursos expertos, sus prácticas y conocimientos. Así se aprecia en el funcionamiento, por ejemplo, de algunas instituciones médicas y de salud mental, como las Clínicas de Identidad de Género.

LAS CLÍNICAS DE IDENTIDAD DE GÉNERO

En las Clínicas de Identidad de Género se realizan operaciones de cambio de sexo (o programas de reasignación de sexo) a cargo de equipos interdisciplinares de médicos, psiquiatras, psicólogos, anestesistas, cirujanos, y asesores de imagen. En el transcurso de estos programas, y con el pretexto de facilitar la adaptación social y psicológica de los candidatos a un cambio de sexo, se silencian dudas y fluctuaciones de género.

Durante el período que investigué estos centros médicos en su mayoría anglosajones, estas clínicas procuraban suprimir toda huella del previo cuerpo y experiencias sexuales y sociales que, según ellos, pudiese interferir en la transición al otro sexo. No obstante, resulta paradójico que estos programas de cambio de sexo, al menos durante un período de prueba que duraba entre uno y dos años, fomentaban al tiempo que negaban la posibilidad de que un mismo cuerpo ostentase atributos de ambos sexos. En este sentido, las Clínicas de Cambio de Género, como su mismo nombre indica, en lugar de llevar a cabo meras asignaciones o cambios de sexo, son partes activas en la construcción y mantenimiento de identidades normativas de género (Gordo López, 1995).

Otra de las características principales del construccionismo social es que las categorías se obtienen y modelan en un proceso continuo de construcción (o realización). Según esta perspectiva, si el proceso de construcción de género no se mantiene, es decir, las prácticas y actuaciones que constituyen su diferencia, las diferencias de género desaparecerían o, y quizá más importante, nuevas posiciones corporales y relaciones sexuales y de género tendrían que considerarse.

Estos planteamientos suponen a su vez un regreso a lógicas de actuación e identificación en lugar de categorías de identidad sexual; unas lógicas relacionales similares a las que se encuentran en el proceso de medicalización de la personalidad y la sexualidad desde finales del siglo diecinueve.

Como documentan trabajos de gran influencia en la sociología de la desviación y la sociología de la sexualidad, hasta hace poco más de un siglo, la sexualidad, al igual que otros rasgos identitarios, no se vivía como característica de la persona, sino como eventos, como acciones (entre los estudios sobre la historia de sexualidad desde una perspectiva sociológica destacan los trabajos de J. D'Emilio, 1981; M. Foucault, 1985; 1987; T. Laqueur, 1994; M. McIntosh, 1996; J. Varela, 1998 y J. Weeks, 1985).

En ese momento histórico, no había recursos ni posibilidad para pensar en las personas a partir de su sexualidad o identidad de género. Por aquel entonces lo que existían era relaciones entre los distintos sexos o entre personas del mismo sexo. Si bien en el momento actual, el regreso de explicaciones biologicistas de la "orientación sexual", como hemos indicado, coexiste con otras explicaciones que dan prioridad a la interacción, la comunicación y el contexto socializador como pilares básicos de las dinámicas de género. Veamos algunas de estas características y el modo en que confluyen con la perspectiva socioconstruccionista.

Perspectivas relacionales y socialmente construidas del género

Las perspectivas relacionales de género (o performativas) empiezan a abrirse paso a finales de los años ochenta bajo el lema de la realización y el carácter construido y "actuado" del género. Estas perspectivas rechazan categorías estáticas y órdenes sexuales establecidos. Contemplan el género como un proceso de identificación en lugar de identidades adquiridas y estables después de una fase de desarrollo. Estos planteamientos también evitan abstraer las problemáticas de género de las relaciones y tensiones que las interceptan, incluyendo los legados sociohistóricos y las relaciones socioeconómicas. Para seguir ejemplificando la mirada construccionista, además de sus puntos de encuentro con planteamientos relacionales de género, tomaremos como referencia los debates en torno al programa televisivo infantil los

Teletubbies. En este último apartado también quisiéramos hacer hincapié en que estas lógicas, al igual que los esencialismos biológicos, forman parte de nuestros entornos y recursos disponibles para pensar, vivir y reafirmar la diversidad de género.

EL GÉNERO EN ACCIÓN: LOS *TELETUBBIES*

A pesar del retorno de las identidades férreas en numerosos ámbitos sociales y científicos, como hemos ilustrado a lo largo de este capítulo, el momento actual de globalización, de economías fluidas y la disolución de estados intervencionistas, además de la fragilidad de las condiciones laborales (contratos temporales o basura) y las emocionales (creciente número de divorcios y separaciones), también se fomenta la dimensión relacional de nuestras personalidades. Esta dimensión relacional permite, por ejemplo, que las nuevas tecnologías de la comunicación y la información formen, cada vez más, parte de nuestros repertorios cotidianos de comunicación, de trabajo y entretenimiento. Como planteamos en otro lugar (Gordo López y Burman, 2003), en semejante escenario los debates en torno a la infancia y los medios de comunicación han estado últimamente centrados en la socialización de los jóvenes (con los videojuegos, los móviles e Internet) y el modo en que estas modalidades de entretenimiento y comunicación promueven o no la desviación social (como podemos ver en la estigmatización que rodea a los juegos de rol).

La dimensión relacional de nuestros entornos, de nuestras identidades, además de los nuevos modelos de desarrollo, encuentra un buen referente en las formas y actuaciones de los personajes de un popular programa de televisión infantil: los *Teletubbies*. El programa se estrenó en Gran Bretaña en 1997, atrapando inmediatamente la atención de audiencias infantiles y adultas. Los *Teletubbies* son seres emocionales, amorosos y táctiles, cargados de ambigüedades de género, etnia y especie. Estas criaturas tan adorables tienen un habla sin sentido (¡e-o!, ¡e-o!), semejante al habla infantil o balbuceo, y se llaman *Laa laa*, *Po*, *Dipsy* and *Tinky-Winky*. Se diferencian en el color (verde, púrpura, rojo y amarillo), en la estatura (entre 1.2 y 1.6 metros) y en la forma de sus antenas, además de en sus maneras de interactuar y hablar (véase **Imagen 1**).



Imagen 1: Los Teletubbies

Los *Teletubbies* fueron motivo de acalorados debates educativos y de género en Inglaterra. Albert Schäfer (1999: 5), el director de la cadena infantil alemana ARD/ZDF, afirma que tanto el éxito como el carácter conflictivo del programa radica en saber "llegar a los espectadores infantiles más jóvenes a través del uso de repeticiones, el empleo de un ritmo lento y el modo en que el lenguaje del bla bla [balbuceo infantil] se complementa con un uso correcto [más adulto] del lenguaje" (*ibid.*).

A su vez, el programa combina dos grandes tradiciones pedagógicas: la que persigue un aprendizaje por medio del juego y el uso de la música y el ritmo, y la tradición centrada en "la imaginación, en el uso de figuras y personajes ficticios, que da cabida al sin sentido, a la repetición y a un sentido del humor alejado de la coherencia racional" (Buckingham, 1999: 11).

Como muestran los comentarios anteriores, la mayoría de los debates gira en torno a la cuestión de si el balbuceo de los *Teletubbies*, sus repeticiones y actuaciones, facilitaban el aprendizaje y la adquisición del lenguaje o, por el contrario,

lo obstaculizaban. A este respecto, la serie infantil se vio envuelta en una controversia mayor, y muy arraigada, sobre el declive (*dumbing down*) de la cultura británica. Como indica White (1999:17), la mayoría de las quejas que suscitó el programa entre expertos y padres tenían que ver con la "estupidez" de los *Teletubbies*, y a que sus personajes eran "tontos, lentos, banales e incoherentes" (White, 1999: 17).

El programa también fue acusado de promover roles ambiguos de género entre las jóvenes audiencias. Las autoridades educativas y políticas decidieron que no era el modelo más adecuado al que se debería exponer a los hijos y a las hijas de la Nación Británica en uno de los programas diarios con mayor audiencia. Poco después se expulsó al actor que representaba a *Tinky-Winky*, acusado de un excesivo amaneramiento (véase **Imagen 2**).



Imagen 2: *Twinky-Winky*

¿A qué es debido que estas criaturas tan adorables e inofensivas suscitaran tanta atención en los medios de comunicación y entre las autoridades educativas? ¿De qué modo las actuaciones de los *Teletubbies* revelan ansiedades y pánicos morales de mayor calibre? (Howard and Roberts, 1999). A primera vista, hay algo extraño a la vez que familiar en los *Teletubbies*. A estas criaturas de ojos grandes, con fisonomías y gestos a medio camino de los humanos, los primates y las nuevas tecnologías de la comunicación, les sobresale una antena de la cabeza y en sus barriguitas tienen un monitor tapado por un forraje sintético. Cuando la antena se levanta, la placa se baja dejándonos ver la pantalla del monitor.

Además, a los *Teletubbies* les gusta proyectarse en el mundo de la comunicación adulta a través de las pantallas de sus cuerpos. Las imágenes reflejadas en sus cuerpos les produce un cosquilleo placentero, induciendo y proyectando -a través del placer- a la audiencia infantil al mundo adulto, esto es, al orden simbólico. Es ahí donde reside parte del carácter "educativo" del programa.

Muchas son las posibles interpretaciones de la apariencia y el habla extraña de los *Teletubbies*, y del modo que encarnan imágenes de infancia cercanas al "infante-alien", emocional y sin desarrollar. Pero quizá una de las características más interesantes para nuestro argumento es el hecho de que los *Teletubbies* carecen de genitales y de rasgos sexuales secundarios, si bien no por ello están exentos de género.

A diferencia de un cuerpo marcado por rasgos sexuales, los actores que dan vida a los *Teletubbies* representan sus personajes en la misma medida que los *Teletubbies* ejecutan sus géneros en contextos determinados. El género de los *Teletubbies* se construye a diario en nuestras pantallas. Esta construcción requiere de una continua actuación, de una continua *performance* además de necesitar una mirada que lo perciba, que lo interprete o sencillamente, de una mirada infantil expuesta a otros escenarios y modelos de género.

Estas actuaciones aportan nuevos recursos para intentar resistir a visiones deterministas de género. Su riqueza y sensibilidad por el momento y la situación también sirven para educar nuestra mirada hacia modelos de género más variados, más complejos, más representativos de la complejidad social de género. Aunque la psicología aceptara hace tiempo que el género no reside en el sexo biológico, le cuesta aceptar la posibilidad de que tampoco resida únicamente en identidades individuales. El género, como cualquier otra dimensión de nuestra subjetividad, tiene la impronta de los contextos de socialización, entre éstos, las instituciones y los programas educativos.

Estas perspectivas que conciben el género como un evento situado y colectivo, expuesto a un continuo trabajo de elaboración, suponen un desafío para los paradigmas actualmente reinantes en la psiquiatría, la psicología o, incluso, la pedagogía. Un reto en la medida en que estos enfoques trascienden lo biológico y el solipsismo individualista e internalista de la psicología cognitiva. Los *Teletubbies*, de modo parecido a las perspectivas relacionales de género, no entienden de límites estrictos entre lo personal y lo colectivo, entre la identidad y la actuación social, entre el género y sus entornos psicosociales y económicos.

Conclusiones

A lo largo de este capítulo, hemos planteado que la mirada socioconstruccionista permite abordar las problemáticas de género como eventos indistinguibles del contexto social y de las dinámicas más amplias. Permite apreciar cómo las posiciones bipolares de masculino y femenino se matizan, redefinen y combinan dando lugar a nuevas posibilidades como la androginia. También facilitan una comprensión del modo en que posiciones ambiguas (y hasta hace bien poco patologizadas) como el hermafroditismo, y, posteriormente la transexualidad, se transforman en instancias productivas, perpetuando la imposibilidad legal de ostentar atributos de ambos sexos en un mismo cuerpo (Varela y Uría, 1989: 32). Finalmente, hemos reparado en el modo en que las investigaciones sobre las bases biológicas o dispositivos cognitivos de las diferencias de género cobraron un renovado interés desde finales de la década de los ochenta, en detrimento de explicaciones psicosociales, y el modo en que estos esencialismos biológicos y cognitivos coexisten (asimétricamente) desde mediados de los noventa con visiones más procesuales y relacionales de género.

Quizá lo más interesante de nuestro análisis esté todavía por esclarecer, en especial, en lo relativo a las condiciones socioeconómicas que permiten actualmente la coexistencia de explicaciones tan dispares como los esencialismos biologicistas del género y las perspectivas relacionales. Incluso cabría preguntar, como educadores o investigadores, en qué medida las concepciones relacionales de género anticipan nuevas formas de gestión de la diversidad social.

Bibliografía

- BEM, S. (1974): "The measurement of psychological androgyny". En: *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 42, 155-162.
- . (1981): "Gender schema theory: a cognitive account of sex typing". En: *Psychological Review*, 88, 354-364.
- . (1982): "Gender schema theory and self-schema theory compared: a comment on Markus, Crane, Berstein, and Siladi's "Self-Schemas and Gender"". En: *Journal of Personality and Social Psychology*, 43, 1192-1194.
- . (1983): "Gender schema theory and its implications for child development: raising gender-aschematic children in a gender-schematic society". En: *Signs*, 8, 598-616.
- BUCKINGHAM, D. (1999): "Blurring the boundaries "Teletubbies" and children's media today". En: *Television*, 12(2), 8-12.
- BURR, V. (1995): *An Introduction to Social Constructionism*. Londres: Sage.

- BURMAN, E. (1998): "Madres cuidadosamente observadas". En: *Archipiélago*, 34-35, 174-178.
- CLEMINSON, M.R. & GORDO LÓPEZ, A.J. (1998): "The psycho-homo complex: biopolitics, sexuality and ideologies". En: CLEMINSON, R. & ALLISON, M. (ed.), *Gender, Sexuality and Identity in Europe: Transcultural Representations, Interface: Bradford Studies in Language, Culture & Society*, 3, 45-60.
- (1999): "Transgenerismo". En: *El Viejo Topo*, 135, 30-34.
- COLOM, B.R. (1996): *Orígenes de la diversidad humana*. Madrid: Pirámide.
- D'EMILIO, J. (1981): *Sexual Politics, Sexual Communities*. Chicago: University of Chicago Press.
- FOUCAULT, M. (1985): "Herculine Barbin llamada Alexina B.", en *El sexo verdadero*. (Selección de Antonio Serrano). Madrid: Revolución.
- (1987): *La historia de la sexualidad: la inquietud de sí*. Madrid: Siglo XXI.
- GALISON, P. (1994): "The ontology of the enemy: Norbert Wiener and the cybernetic vision". En: *Critical Inquiry*, 21, 228-266.
- GORDO LÓPEZ, A.J. (1995): "Un análisis cualitativo y discursivo de los programas clínicos de cambio de sexo: transexualismo, 'travestis' y otros objetos límite". En: *Revista de Psicología Social Aplicada*, 5 (1/2), 127-146.
- (2000): "El papel mediático del construccionismo social en la implementación social de determinismos biológicos e informacionales". En: CABALLERO, D.; MÉNDEZ, M^a. T.; PASTOR, J. (ed.): *La Mirada Psicosociológica: Grupos, procesos, lenguajes y culturas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- GORDO LÓPEZ, A.J. & BURMAN, E. (2003): "Not again! emotional capital, information technologies as indicated by changing rhetorics around children and childhoods". En: D. (ed.): *Human Development in the Development of Information Age*. California: Jossey-Bass. (En prensa).
- GORDO LÓPEZ, A.J. & CLEMINSON, M.R. (1999): "Queer science/queer psychology: a biosocial inoculation project". En: *Theory & Psychology*, 9(2), 282-288.
- (2000): "La ciencia marica". En: *Revista de Filosofía, ER*, 27, 149-156.
- GREEN, R. (1987): *The "Sissy Boy Syndrome" and the Development of Homosexuality*. New Haven: Yale University Press.
- HAMER, D. [et al.] (1993): "A linkage between DNA markers on the X chromosome and male sexual orientation". En: *Science*, 261, 321-327
- HAMER, D. & COPELAND, P. (1994): *The Science of Desire: The Search for the Gay Gene and the Biology of Behavior*. New York: Simon & Schuster.
- HARAWAY, D. (1991): *Simians, Cyborgs, and Women: The Reinvention of Nature*, London: Free Association Press.
- HIRSCHAUER, S. & MOL, A. (1993): "Beyond embrace: multiple sexes at multiple sites". En: Collection of Papers for the CRICT Workshop on *European Theoretical Perspectives on New Technology: Feminism, Constructivism and Utility*. Brunel: Brunel University, September.

- HOWARD, S. & ROBERTS, S. (1999): "'Teletubbies' down under: the Australian experience". En: *Television*, 12(2), 19-25.
- HURTIG, M. & PICHEVIN, M. (1993): "Masculin-Femin: un essentialism new look". Ponencia presentada en la V Conferencia de la International Society for Theoretical Psychology (Saclas, Francia).
- LAQUEUR, T. (1994): *La Construcción del Sexo: Cuerpo y Género desde los Griegos hasta Freud*. Madrid: Cátedra.
- LEVAY, S. (1991): "A Difference in Hypothalamic Structure Between Heterosexual and Homosexual Men". En: *Science*, 253, 1034-1037.
- . (1993): *The Sexual Brain*. Cambridge: MIT Press.
- . (1996): *Queer Science: The Use and Abuse of Research into Homosexuality*. Cambridge: MIT Press.
- MCINTOSH, M. (1996): "The homosexual role". En: SEIDMAN, S. (ed.): *Queer Theory/Sociology*. Oxford: Blackwell.
- MONEY, J. (1955): "Hermaphroditism, gender and precocity in hyperadrenocorticism: psychologic findings". En: *Bulletin of The John Hopkins Hospital*, 96, 253-264.
- PARKER, I. (comp.) (1998): *Social Constructionism, Discourse and Realism*. London: Sage.
- QUINTANA, Q. (1996): *La psicología de la personalidad y sus trastornos*. Madrid: CCS.
- ROSE, N. (1996): *Inventing Our Selves: Psychology, Power, and Personhood*. Cambridge: Cambridge University Press.
- SCÄFER, R. (1999): "It won't work without breaking taboos". En: *Television*, 12(2), 5-7.
- STOLLER, R.J. (1969): "Parental influences in male transsexualism". En: GREEN, R. & MONEY, J. (ed.): *Transsexualism and Sex Reassignment*. Baltimore: The Johns Hopkins Press.
- . (1976): *The Transsexual Experiment, Vol. 2, Sex and Gender*. New York: Jason Aronson.
- TERMAN, L.M. & MILES, C.C. (1936): *Sex and Personality: Studies in Masculinity and Femininity*. New York: McGraw Hill.
- VARELA, J. (1995): "Foucault y las feministas". En: PHILIPP, R.R y GARCÍA NEGRO, M.C. (comp.) *As mulleres: os cambios sociais e económicos*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, Servicio de Publicaciones Intercambio Científico.
- . (1996): "Introducción" (a la sección Psicología, política y resistencia). En: GORDO LÓPEZ y LINAZA, J.L. (comp.): *Psicología, discursos y poder (PDP)*. Madrid: Visor.
- . (1998): *El Nacimiento de la Mujer Burguesa*. Madrid: Ediciones La Piqueta.
- VARELA, J. y ÁLVAREZ-URÍA, F. (1997): *Genealogía y Sociología*. Buenos Aires: Ediciones El Cielo por Asalto.

- . (1989): *Sujetos Frágiles: Ensayos de Sociología de la Desviación*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- WEEKS, J. (1985): *El Malestar de la Sexualidad*. Madrid: Talasa.
- WHITE, A. M. (1999): "To be blamed: the press in Britain". En: *Television*, 12(2), 15-18.
- WILSON, E.A. (2000): "Neurological preference: Levay's study of sexual orientation". En: *SubStance*, 29(1), 23-38.